

MARCO

DE LOS APENINOS
A LOS ANDES
(2ª parte)



DANONE

MARCO

DE LOS APENINOS A LOS ANDES

Antes de comenzar a contaros detalladamente esta segunda parte de la historia de Marco, queremos ofreceros un breve resumen de lo que fue la primera con el fin de que, los que la leyeron puedan recordarla con facilidad y los que no lo hicieron puedan tener una idea, aunque sea un poco general, de quien es nuestro protagonista.

Pues bién, nuestro protagonista, Marco, es un niño genovés de 11 años que se fue desde Génova a Argentina en busca de su madre y con la única compañía de su mono Amedio.

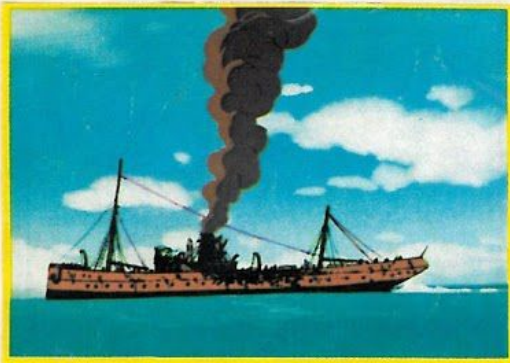
Anna, la madre de Marco, se había marchado a Buenos Aires un año antes para ponerse a trabajar en alguna casa rica y, de esta forma, ganar en poco tiempo el dinero suficiente como para levantar de nuevo la familia ya que, a consecuencia de varias desgracias, había caído en la pobreza y se encontraba llena de deudas.

El viaje de Anna a Buenos Aires fue feliz y durante algún tiempo mantuvo una correspondencia muy constante con su familia pero, de repente, dejó de hacerlo y tanto Pietro, el padre, como Tonio, el hermano mayor y Marco se sentían profundamente consternados. ¿Dónde estará mamá?, ¿se habrá puesto enferma?, ¿le ocurrirá algo?, se preguntaban una y otra vez.

Marco, oprimido por una terrible tristeza y viendo que le era imposible resignarse a su ausencia, un buen día, decidió marcharse a buscar a su madre a Argentina. Pietro, el padre, no quería ni oír hablar de ello pero, Marco, poco a poco llegó a convencerlo y, tras algunas vacilaciones, dió su consentimiento. De forma que, una hermosa tarde de primavera, Marco y Amedio juntos, en un barco llamado Folgore, partieron

Este fue a grandes rasgos el contenido de nuestra primera parte del libro «DE LOS APENINOS A LOS ANDES». Ahora, preparaos todos a vivir larga y emocionantes aventuras a través del viaje por Argentina de vuestros amigos Amedio y Marco.





1 De Brasil a Buenos Aires Marco y Amedio hicieron la travesía en un barco de emigrantes.

Ventiseis días duró el viaje de Marco y Amedio a Buenos Aires. El Folgore les dejó en Brasil y allí cogieron de nuevo un barco de emigrantes que les llevó a Argentina.

Durante el trayecto hubo días de mal tiempo, durante los cuales, Marco permaneció encerrado y triste. Otros, de calma absoluta y otros de un calor insoportable pero, cuanto más cerca estaba Marco de su madre más alegre e impaciente se volvía.

Cuando el barco llegó a Buenos Aires. Marco era tan feliz que apenas se entristeció al darse cuenta de que en la Aduana le habían robado parte del dinero que llevaba encima.

Después de despedirse de sus compañeros de viaje, atravesó corriendo la ciudad en busca de la calle de las Artes y en el número 175, a una buena mujer, le preguntó por su tío, que hacía varios años había emigrado también a Argentina:

—«¿Vive aquí Francesco Merelli?...»

—«No, Francesco Merelli hace mucho tiempo que no vive aquí...», respondió la mujer.

—«Entonces... ¿conoce usted a Anna Rossi?...», volvió a preguntar Marco.

—«Anna Rossi?... no lo recuerdo muy bien pero creo que está trabajando en Bahíablanca... de todas formas, pregunta en las oficinas de inmigración allí te podrán informar mejor».

Casi sin decir una sola palabra Marco se fue a las oficinas de inmigración y al confirmarle un empleado que su madre estaba en Bahíablanca respiró hondo aunque salió con el corazón angustiado... ¿Qué hacer?... ¿A dónde ir?... el viaje a Bahíablanca era muy largo y apenas le quedaban unas monedas en el bolsillo. Marco permaneció durante algún tiempo en medio de la calle, ensimismado, pensando... hasta que, de pronto, oyó una voz que decía en italiano:

—«Señoras y señores... van ustedes a presenciar...»

Era el Prof. Peppino y su tropa, una familia de titiriteros con la cuál Marco había hecho una gran amistad durante las fiestas de Génova.

La sorpresa del Prof. Peppino no fue menor que la del pequeño Marco. Este contó a Peppino todas las aventuras por las que había tenido que pasar desde que salió de Génova y...

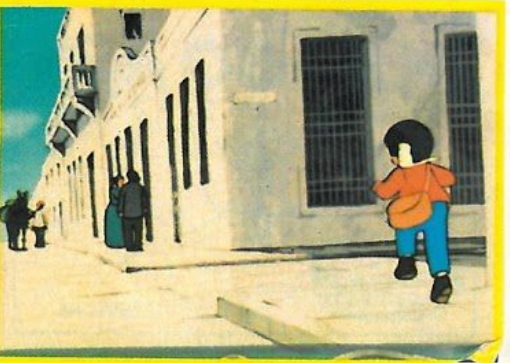
—«... ahora tendré que ir a Bahíablanca», terminó diciendo.

—«¿A Bahíablanca?... no vamos a consentir que vayas solo a Bahíablanca. Si tú tienes que ir, nosotros te acompañaremos», contestó el prof. Peppino.

Y con la ilusión de un niño, el Prof. Peppino comenzó a hacer todos los preparativos del viaje a Bahíablanca. Compró un carro. Lo arregló con sus propias manos y, también, llevó a poner herraduras nuevas a su caballo.



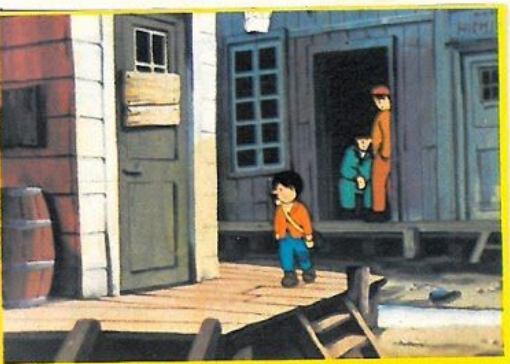
2 En la Aduana robaron a Marco casi todo el dinero que llevaba.



3 «¡Animo, Amedio!... ¡Aquella debe ser la calle de las Artes!...»



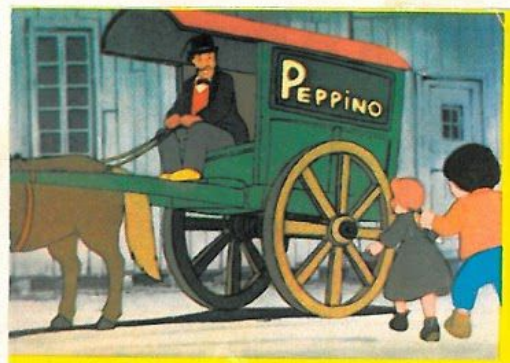
4 «Por favor, señora... ¿vive aquí Francesco Merelli?...»



6 «Amedio, tendremos que buscar un trabajo y luego ir a Bahíablanca...»



5 «Anna Rossi se fue a Bahíablanca...»



7 «¡Eh!, ¡Marco!, Fiorina!... ¿os gusta nuestro carro?...»

Marco hizo el viaje a Bahiablanca con mucho entusiasmo. El paisaje era maravilloso y ver amanecer y ponerse el sol en la Pampa constituía todo un espectáculo. Durante el trayecto atravesaron largas tierras de pastos, bordearon impresionantes lagos tranquilos y, para ganar algún dinero, en los pueblos más importantes por los que pasaban, el Prof. Peppino y su tropa actuaban.

Nada más llegar a Bahiablanca, Marco recorrió la ciudad buscando a su tío Merelli pero nadie supo darle noticias de él. Hasta que un día...

—«¡Eh!... ¡muchacho!... ¿Buscas al Sr. Merelli?», le preguntó un mendigo que estaba sentado en la calle.

—«Sí, al Sr. Merelli y a mi madre, Anna Rossi», contestó Marco.

—«Pues... el Sr. Merelli hace mucho tiempo que murió... y Anna Rossi vive en Buenos Aires... ¡Toma dinero, esta carta y véte a buscarla!...

Marco hizo caso del mendigo y, despidiéndose del Prof. Peppino y su tropa, tomó de nuevo el ferrocarril.

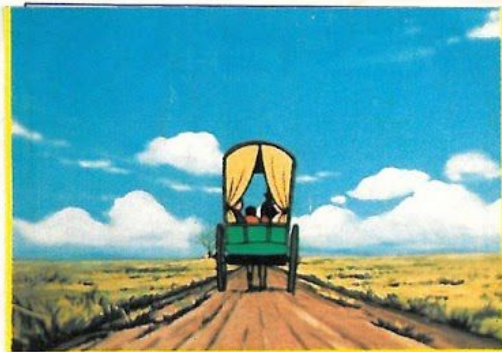
Al llegar a Buenos Aires, consiguió dar con el lugar y la persona cuyo nombre y dirección llevaba anotados. El lugar era un almacén y el dueño un hombre muy simpático que, después de leer la carta que Marco le había dado, le dijo acariciándolo:

—«Pequeño... tu madre no está en Buenos Aires... hace tiempo que se fue con la familia Mequinez a Córdoba...»

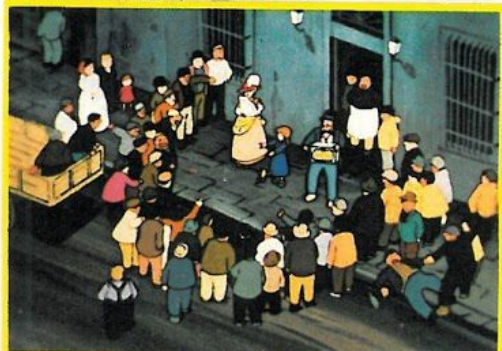
Marco bajó su cabeza y embebido en tristes pensamientos se alejó. Aquella mala noticia en Bahiablanca sobre la muerte de su tío y, ahora, el no encontrar a su madre en Buenos Aires era como un negro presagio para él. Córdoba... Córdoba... ¿Dónde estará esa dichosa ciudad?...

Afortunadamente, Marco jamás llegó a saber que, aquel mendigo de Bahiablanca era su tío Merelli que, avergonzado por haberse gastado todo el dinero que Anna le iba dando para enviar a Génova, le había engañado. Su esperanza era que al llegar Marco a Buenos Aires y no encontrar a su madre, cansado de viajar, regresase a Italia.

Si Marco hubiese descubierto el engaño habría enfermado de tristeza, pero él era ajeno a todo esto y, ahora, se encontraba bastante animado porque con la ayuda de Fosco, el dueño del almacén, había encontrado trabajo en un bar donde un marinero, Mario, le prometió llevarle a la ciudad de Rosario en su barco. De la ciudad de Rosario a Córdoba sólo le separaban unos cuantos kilómetros.



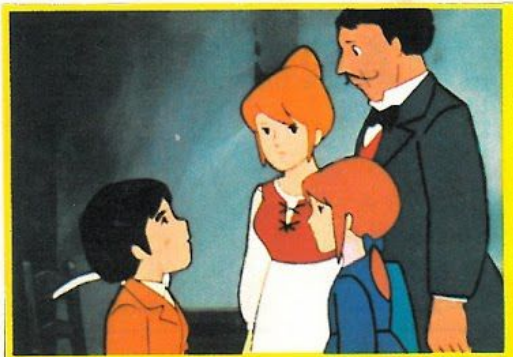
8 A la mañana siguiente, el Prof. Peppino y su tropa, junto con marco y Amedio, emprendieron el viaje a Bahiablanca.



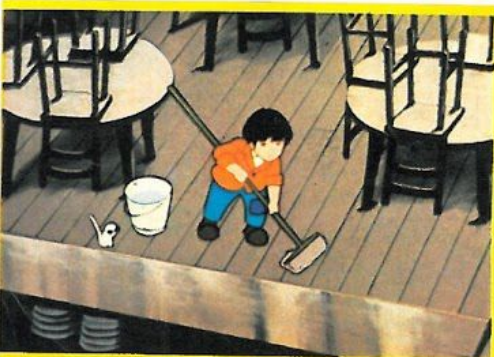
9 «¡Gracias, señoras y señores!... La función va a empezar...»



10 «¡Eh!... ¡muchacho!... ¿Buscas tú a Francesco Merelli?...



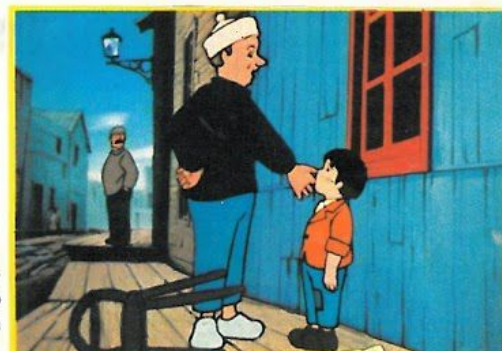
11 «Adiós Sr. Peppino... ¡muchas gracias! Adiós Fiorina... volveremos a vernos.»



13 Marco se puso a trabajar en un bar, cerca del puerto.



12 «¡Uy!... si no corremos mucho el tren se nos escapa...».



14 «Marco, si quieres ir a Rosario yo te llevaré en mi barco».



15 Marco partió en el Andrea Doria a la ciudad de Rosario.

Tres días y cuatro noches duró el viaje de Marco por el río Paraná, a bordo del Andrea Doria. El sol empezaba a levantarse cuando el pequeño velero recaló en uno de los muelles de la ciudad de Rosario:

—«Bueno, Marco, ya hemos llegado, esta es la ciudad de Rosario...», le dijo Mario.

Y sacando un papel y un lápiz del bolsillo de su pantalón le anotó el nombre y la dirección de un conocido suyo que estaba casi seguro de que podría ayudarlo.

Cuando Marco entro en Rosario, le pareció que se encontraba en una ciudad ya conocida. Sus calles eran como las de Buenos Aires y, también, como las de Bahía Blanca, rectas e interminables.

Anduvo varias horas de aquí para allá, dando vueltas y más vueltas hasta que por fin encontró la casa que buscaba. Llamó a la puerta y un hombre grueso y malhumorado le preguntó:

—«¿Qué quieres?...»

—«Señor... me envía un italiano llamado Mario...»

—«¿Eh?... ¿otro recomendado?...! lo siento, muchacho, yo no tengo trabajo».

Y le dió con la puerta en las narices. El pobre Marco se quedó petrificado. De Rosario a Córdoba había unos cuantos kilómetros y, por consiguiente, el billete de ferrocarril sería muy caro. Entonces... ¿qué hacer?... ponerse a trabajar pero... ¿dónde?... sin conocer a nadie... ¿a quién pedirselo?...

Con esta confusión y viendo ante sí una inmensa calle que se perdía a lo lejos, Marco sintió que le faltaba el aliento. Estuvo parado en medio de la acera con la cabeza escondida entre sus manos largo tiempo más, de pronto, oyó la voz de un viejo amigo que le llamaba:

—«¡Marco!, ¡Marco!... ¿Eres tú, Marco?... ¿qué haces aquí?...»

Era el viejo Federico, un italiano que había llegado a Buenos Aires en el mismo barco de emigrantes que trajo a Marco y Amedio. Estuvieron charlando horas y horas y, al contarle Marco que no tenía dinero para continuar su viaje a Córdoba, respondió:

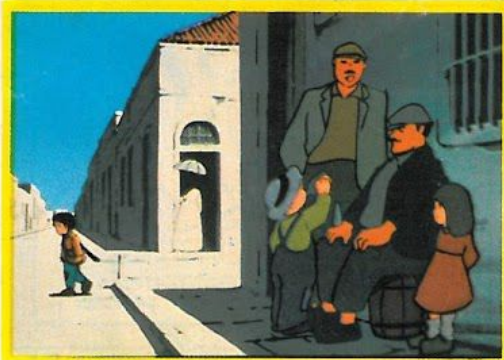
—«No te preocupes, estoy seguro de que conseguiremos ese dinero entre nuestros compatriotas... ¡Vente conmigo!»

Estuvieron caminando durante mucho rato hasta que Federico se detuvo delante de un café que tenía colgado sobre la puerta un letrero que decía «La Estrella de Italia». Entraron en un salón donde había muchos hombres sentados que bebían y hablaban en alto. Todos escucharon atentamente lo que Federico les contaba. Y después se acercaron a Marco y le entregaron el dinero que necesitaba. Marco dió un salto de alegría y casi sin poder retener sus lágrimas dijo:

—«Gracias... nunca lo olvidaré... muchas gracias».



16 «¡Mira, Marco, aquella es la ciudad de Rosario!...»



17 Las calles de Rosario eran largas e interminables, igual que las de Buenos Aires, y Bahía Blanca.



18 «Lo siento, muchacho, yo no tengo trabajo para tí...»

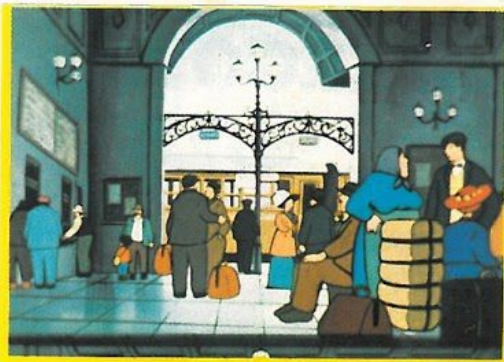
19 ¿Qué hacer?... ponerse a trabajar pero... ¿Dónde?... sin conocer a nadie... ¿A quién pedirselo?»



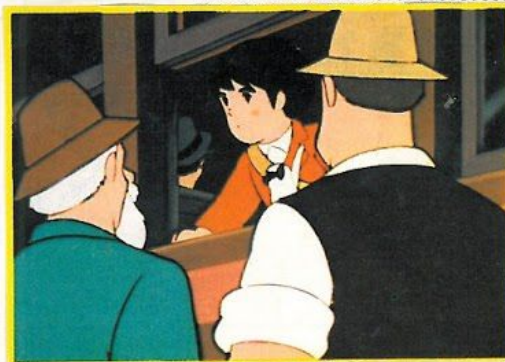
20 «Estoy seguro de que conseguiremos dinero entre nuestros compatriotas...»

21 ...Y Federico llevó a Marco hasta un café llamado «La Estrella de Italia» donde se reunían muchos compatriotas italianos.





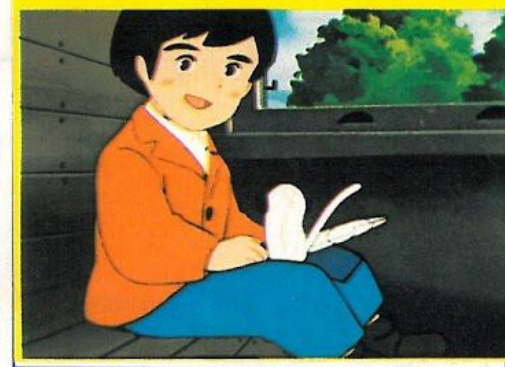
22 A la mañana siguiente, Marco fue a la estación para coger un tren a Córdoba.



23 «¡Adiós, Marco!... ¡pórtate bien!...»



24 «¡Adiós, Federico!... cuando volvamos mamá y yo a Rosario, te visitaremos...»



25 Marco, asomado a la ventanilla, contaba cada metro que el tren recorría.



26 Junto a Marco se sentó una señora con dos niños muy simpáticos.



A la mañana siguiente, al romper el día, Marco se dirigió a la estación acompañado de Federico, para sacar el billete a Córdoba.

—«¡Adiós, Marco!... ¡pórtate bien!... y no olvides dar recuerdos a tu madre cuando la encuentres...»

—«¡Adiós, Federico!... cuando volvamos los dos a Rosario te visitaremos...», contestó Marco.

Animado y sonriente, Marco subió al tren. Se sentó con Amedio en un vagón que estaba totalmente vacío y se dispuso a esperar la hora de la salida. En la estación había mucho jaleo. Unos mozos bajaban de los vagones enormes mercancías y otros, sin embargo, las subían.

Pero, todo aquel ir y venir lo veía Marco con ojos ausentes porque su pensamiento estaba fijo en Córdoba. Tenía el corazón lleno de alegría y pensaba constantemente en el momento de abrazar a su madre y en la sorpresa que le daría.

Un poco antes de que el tren saliese, subió al vagón una familia muy simpática compuesta por una madre y dos niños pequeños, que se sentaron al lado de Marco. Durante el trayecto, los niños no pararon de jugar con Amedio:

—«¡Vamos, monito!... ¡salta aquí!... ¡encima de mi cabeza!...»

—«...y ahora encima de la mía!»

Marco durmió un buen rato y cuando despertó, asomado a la ventanilla, contaba con ansiedad cada minuto que pasaba, cada metro que el tren recorría.

A las pocas horas, Marco y Amedio se apearon en una estación pequeña y solitaria. Y, sin pensarlo un momento, empezaron a andar por las calles de Córdoba.

Fueron a la calle San Martín, de allí a la Parroquia, de la Parroquia otra vez a la calle San Martín, de la calle San Martín a una agencia de la Propiedad Inmobiliaria y, en todas partes, obtuvieron la misma respuesta:

—«...la familia Mequinez puso en venta la casa y después dejó la ciudad... no sabemos dónde ha ido...»



27 «¡Vamos, monito!... ¡salta!... ¡salta!...»



28 Durante el trayecto, Marco leyó y releó las cartas que su madre, al principio, le enviaba.



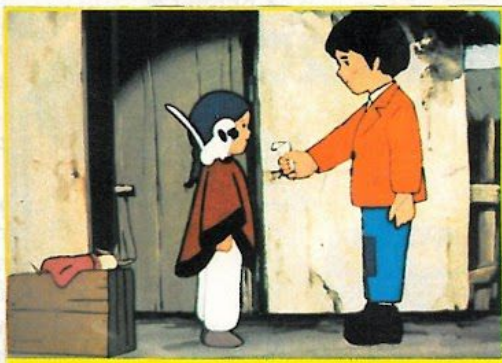
29 «¡Eh!... ¡Tú!... ¿Qué te pasa?... ¿Por qué andas así?...»



30 Marco se enfureció y propinó a Pablo un buen puñetazo.



31 Pero... a los cinco minutos Marco y Pablo ya eran amigos.



32 «Amedio, sé bueno y cuida mucho de Juana.»

Al no encontrar la casa del Sr. Mequinez en Córdoba, de nuevo, Marco se hundió en la tristeza. Andaba por la calle con desgana, arrastrando los pies, y el pesimismo se le notaba en la cara.

Un chico de su misma edad que iba por la calle detrás de él, al verle tan derrotado, comenzó a hacerle burla:

—«¡Eh!... ¡Tú!... ¿Qué te pasa?... ¿Por qué andas así?... ¿Es qué no has comido hoy?...»

Marco enfurecido, se dió la vuelta y le propinó un buen puñetazo. El chico se defendió como pudo y, a los cinco minutos, ya eran amigos...

—«¿Cómo te llamas?...»

—«Yo Marco, ¿y tú?...»

—«¡Pablo!...»

Marco y Pablo continuaron el camino juntos y, aquella noche, Marco durmió en casa de Pablo, su nuevo amigo.

Cuando el abuelo de Pablo y su hermana Juana oyeron las historias que Marco les contaba acerca de su viaje a Argentina, no consintieron que éste se fuera de casa. Le obligaron a permanecer allí durante algunos días e, incluso, le buscaron un trabajo. Por las mañanas dejaba a Amedio con Juana para salir a pescar y, luego, el pescado lo vendía.

Un día, Marco y Pablo, se enteraron de que a las afueras del pueblo, en una casa muy grande y lujosa, vivía una familia llamada Mequinez. Pidieron un burro prestado y, después de mucho andar, llegaron a lo más alto de una colina. Con el corazón casi saliéndoseles del pecho, entraron en la casa indicada. Un señor de aspecto muy bondadoso que estaba cuidando el jardín les preguntó:

—«¿Qué queréis, muchachos?...»

—«Buscamos al Sr. Mequinez», contestaron.

—«El Sr. Mequinez soy yo... ¿En qué puedo ayudaros?...»

—«¿Conoce usted a mi madre... Anna Rossi?», preguntó Marco.

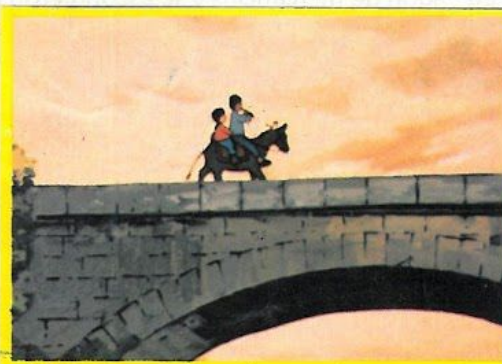
—«Anna Rossi... Anna Rossi...», dijo el Sr. Mequinez dudando.

—«¡Ah!... ¡Claro!... Anna Rossi es la criada de mi hermano... pero mi hermano no está aquí... vive muy lejos... en Tucumán.»

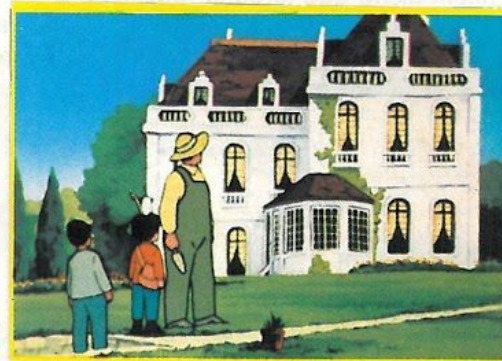
Marco se quedó pensativo y el Sr. Mequinez continuó diciendo para animarlo...

—«¡Toma!... aquí tienes dinero para que cojas un tren y cuando llegues a Tucumán no te olvides de darle recuerdos a mi hermano.»

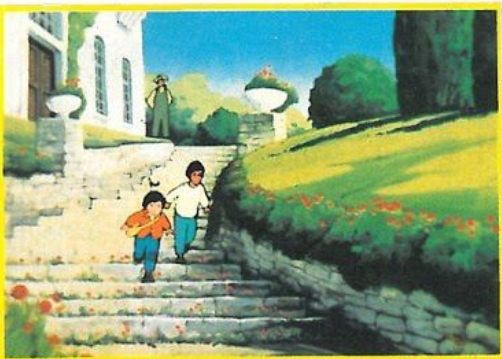
Marco volvió a casa emocionado, cada vez que se abría ante sí una nueva esperanza, por pequeña que esta fuera, le llenaba de optimismo y alegría.



33 Marco y Pablo pidieron un burro prestado y se dirigieron a la colina.



34 «¿Qué queréis, muchachos?... ¿Puedo ayudaros en algo?...»



35 «¡Hurra!... ¡Hurra!... ¡mi madre está en Tucumán!... ¡es estupendo, Pablo!».



Cuando Marco y Pablo volvieron de la colina y llegaron a casa, se encontraron a Juana muy enferma, en cama. Tenía una fiebre muy alta, un sudor muy frío y una tos que parecía arrancarle el alma.

El abuelo estaba a su lado muy asustado y sin atreverse a llamar a un médico porque era muy pobre y no tenía dinero para pagarlo.

—«¡Avisaré a un médico!... ¡debo salvarla!...», gritó Marco angustiado. Y cogiendo el dinero que el Sr. Mequinez le había dado para comprar su billete a Tucumán, corrió en busca de un médico. El médico no tardó en llegar y Juana mejoró rápidamente. Pablo agradeció a Marco de todo corazón el que hubiese salvado a su hermana y, para compensarle, le prometió ayudarlo a esconderse en el tren de Tucumán ya que, después de haber pagado al médico, no tenía dinero suficiente para comprar su billete.

A la mañana siguiente, mientras los empleados del ferrocarril estaban entretenidos jugando a las cartas, Pablo y Marco, subieron sin hacer ruido a un vagón de mercancías y se escondieron entre unas cajas muy altas.

Momentos antes de partir, Pablo fue descubierto por un empleado y no tuvo más remedio que abandonar el tren pero Marco pudo pasar desapercibido y emprendió su viaje a Tucumán escondido con Amedio. Aunque... tan sólo llevaba el tren 30 Kms. recorridos cuando un revisor pasó por el vagón donde Marco viajaba y, al verle, le agarró fuertemente por un brazo diciendo:

—«¡Eh!... ¡un momento!... ¿qué haces tú aquí?...»

—«Por favor, suélteme... ¡sólo quería ir a Tucumán a buscar a mi madre!... ¡déjeme ir!...», suplicó Marco.

—«Bueno, te permitiré que llegues a la próxima estación sin cobrarte nada pero... ¡no me busques más complicaciones y prepárate para bajar!», contestó el revisor malhumorado.

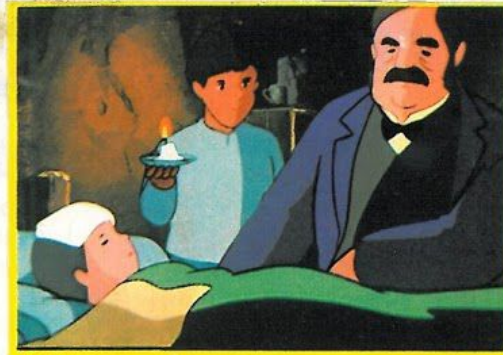
Marco se apeó y comenzó a andar siguiendo los railes del tren. Alguién le había dicho que tardaría muchos días en llegar a Tucumán pero eso a él ya no le asustaba. Estaba dispuesto a andar horas y horas con tal de llegar pronto a la ciudad donde su querida madre se encontraba.



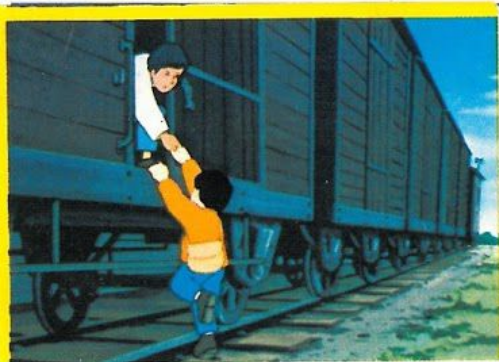
36 «Tiene mucha fiebre, Marco, creo que morirá...»



37 «Por favor, doctor... tiene que salvarla!».



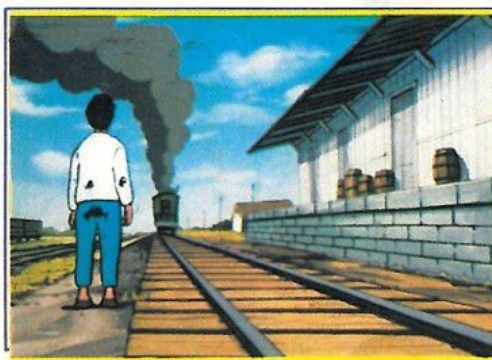
38 «No os preocupéis, Juana se pondrá bien muy pronto».



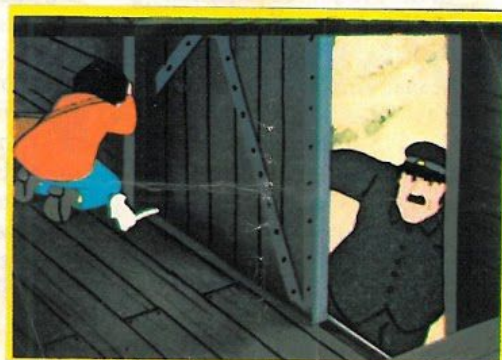
39 «¡Vamos, Marco! ...¡arriba!... aquí podremos escondernos!...»



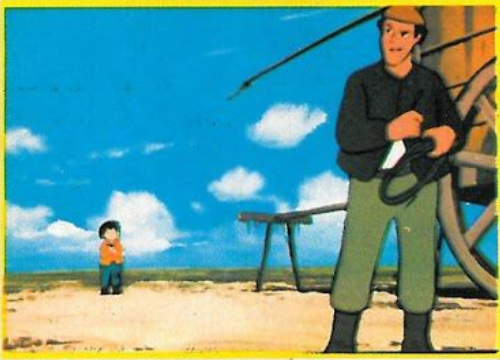
40 «¡Sal de ahí!... ¡fuera!... ¡desvergonzado!...»



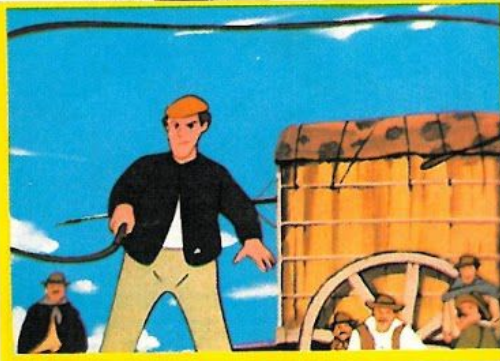
41 Marco emprendió su viaje a Tucumán escondido en el tren con Amedio.



42 «¡Eh!... ¡un momento!... ¿qué haces tú aquí?...»



43 Marco vió a lo lejos a varios hombres... en caravana.



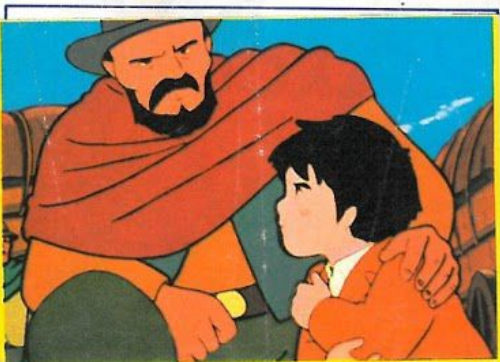
44 «¡Allí!»... «¡Inténtalo otra vez!»... «¡A la izquierda!»... gritaban los hombres de la caravana.



45 «Oiga... por favor... ¿Van ustedes a Tucumán?»



46 «Nosotros no vamos a Tucumán sino a Santiago. Tendremos que dejarte en la mitad del camino».



47 «De acuerdo. Esta noche dormirás en mi carro y mañana te despertaremos...»

Apenas llevaba Marco media hora andando por la vía del tren, camino de Tucumán, cuando vió a varios hombres sentados alrededor de una hoguera. A su lado, estaban parados un montón de carros muy grandes, semejantes a las carretas de los titiriteros con la parte de arriba redonda y muy alta. El capataz era un hombre corpulento con bigotes negros y largos. Sujetaba en sus manos un látigo y Marco se acercó a él titubeando:

—«Oiga... por favor... ¿Van ustedes a Tucumán?... si pudiera ir en uno de sus carros... durante el trayecto puedo trabajar si es necesario...»

El capataz echó una ojeada a Marco...

—«¡Tengo gran necesidad de llegar allí!», insistió Marco.

El capataz volvió a mirarle y respondió:

—«Humm... no se, no se, muchacho... la verdad es que eres muy joven para hacer este viaje. Piensa que son muchos días encima de uno de estos carros...»

—«No me importa, señor, vengo desde Italia en busca de mi madre y algunos días más de viaje ya no me importan si al fin puedo encontrarla. ¡Por favor, permítame ir con usted!... le ayudaré en el trabajo que sea. Iré a buscar agua, encenderé el fuego... ¡haré todo lo que usted me mande! pero, por favor, admítame en alguno de sus carros...»

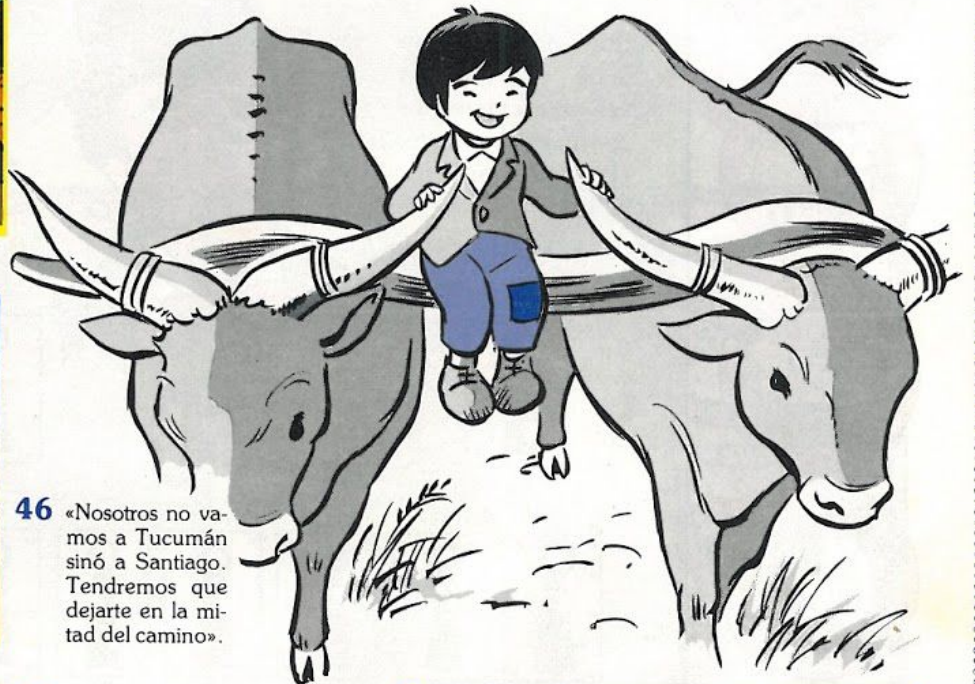
—«Está bien, está bien, pero nosotros no vamos a Tucumán sino a Santiago. Tendremos que dejarte en la mitad del camino y andando desde allí a Tucumán te llevará por lo menos seis días...»

—«¡No importa, señor!», interrumpió Marco.

—«De acuerdo. Esta noche dormirás en un carro y mañana, al amanecer, te despertaremos...»

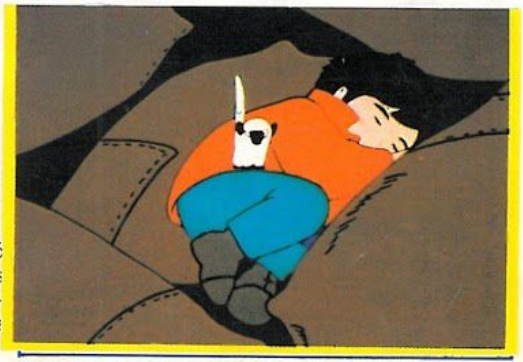
—«¡Gracias, señor!, ¡muchas gracias!. Nunca olvidaré este gran favor que me hace», contestó Marco ilusionado.

Después de cenar, los hombres de la caravana apagaron el fuego y se retiraron a descansar cada uno a su carro. Marco se acostó sobre unos sacos. Estaba muy cansado. De forma que se durmió inmediatamente y, aquella noche, soñó con su madre.



47 «De acuerdo. Esta noche dormirás en mi carro y mañana te despertaremos...»

48 Marco se acostó sobre unos sacos y se quedó profundamente dormido.



PASATIEMPOS

SALIDA

PIENSA Y CORRE

Para jugar a este sencillo juego, sólo hace falta un dado y un botín para cada jugador (pueden jugar hasta cinco). El primer jugador tira el dado, supongamos que le sale el número uno o sea el dibujo de la siguiente forma: Todas las fichas en la salida. El primer jugador debe vincular a dicho dibujo con otro cualquiera del juego, pero buscándole una relación lógica entre ellos, por ejemplo: Huevo - Pollito, el que tenga inventiva, podrá avanzar más. ¡Muy Importante! Cada jugador sólo dispone de cinco segundos de tiempo para buscar la relación entre las figuras, si no encuentra ninguna semejanza se quedará a esperar el mismo sitio hasta su próximo turno. ¡Ánimo chicos! ¡A ver quién tiene más imaginación!

LLEGADA

-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-

VUZTA VRSE

CON ESTAS LETRAS PUEDES FORMAR EL NOMBRE DE UN ANIMAL ¿CUAL? —

SOLUCION: AVESTRUZ

¡EL TAPON REBELDE!

Tómese una botella vacía y colóquese en una mesa en posición horizontal. Póngase en el cuello de la botella un tapón de corcho de un diámetro equivalente a la mitad del cuello de la botella. Luego invita a los presentes a introducir el tapón soplando... ¡Les resultará imposible! Es más, el corcho saldrá de la botella...

¿POR QUE CAMINO LLEGARE HASTA LA MARIPOSA?

-
-
-

Don Peppino no sabe cual es la cerradura que se abre con esta llave. ¿Puedes descubrir la tuya?

Solucion n.º 6

¿Qué pieza de estas seis falta en la figura A?

¿ESTAN REPETIDAS ESTAS PIEZAS DENTRO DEL CUADRO?

-
-
-
-
-
-
-

Ya sabéis amigos que yo soy un marino y los marineros saben mucho de nudos. De estos tres nudos, tirando de un extremo, dos quedan anudados y uno se deshace. ¿Sabéis decirme cuál?

A las 6 de la mañana la caravana se puso en movimiento. Cuando llevaban ya un buen rato caminando durante el cual sólo se había oído el traqueteo de los carros, Manuel, uno de los hombres fue a despertar a Marco:

—«¡Marco!, ¡despierta!, ¡estamos ya andando!...»

Marco no pudo apenas ni contestar. Estaba muy enfermo, sudando, debilitado por la fatiga y por tantos días de insomnio. Tardó algún tiempo en recuperarse pero, a partir de entonces, se encontró mucho más alegre y animado.

Todas las mañanas la caravana se ponía en marcha a las 6 en punto, paraba a la hora de comer, volvía a andar a las 4 de la tarde y paraba nuevamente a las diez. Marco ayudaba a sus compañeros a encender el fuego, a dar de comer a los caballos y, también, a limpiar los faroles de los carros...

—«¡Déjame hacerlo a mí!...»

—«¿Estás seguro de que podrás?...»

—«¡Sí, claro!»

—«Eres un testarudo, ¡acércame el agua!».

Después de una semana de viaje, la caravana llegó al punto en que el camino de Tucumán y el que lleva a Santiago se separan...

—«Mira, aquí es donde debes quedarte, Marco pero... ¿estás seguro de que no quieres venir con nosotros a Santiago?... Allí podremos encontrar a alguien que te lleve a Tucumán...», dijo el capataz.

—«No, no puedo perder tiempo... Continuaré mi camino solo», contestó Marco.

—«Entonces, llévate a «Vieja» contigo. Encima de una burra siempre es más fácil caminar...»

El capataz regaló una burra a Marco y, antes de separarse de él, le hizo toda clase de observaciones con respecto a los peligros con los que podía tropezar durante el viaje. Marco se despidió apresuradamente de ellos como si temiera conmoverse y, mientras se iba alejando, las voces de sus amigos de la caravana continuaban gritando:

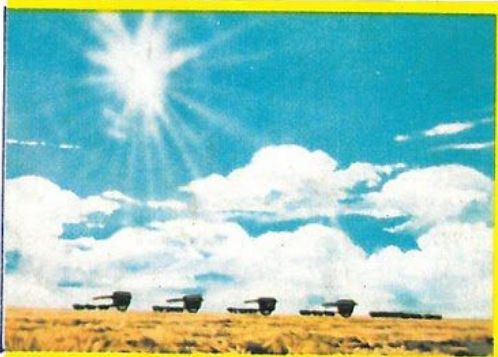
—«¡Adiós, Marco!»

—«¡buena suerte!»

—«¡Que encuentres pronto a tu madre!»



49 A las 6 de la mañana la caravana se puso en movimiento.



50 Marco permaneció algunos días enfermo.



51 Marco ayudaba a sus compañeros a encender el fuego.



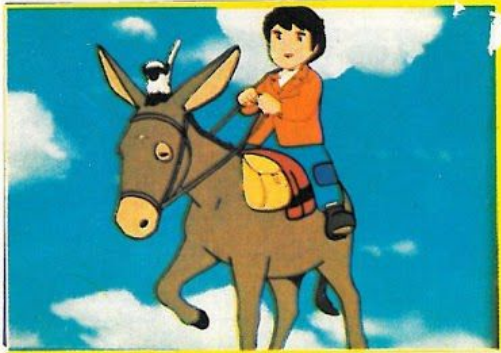
52 Marco también limpiaba los faroles de los carros.



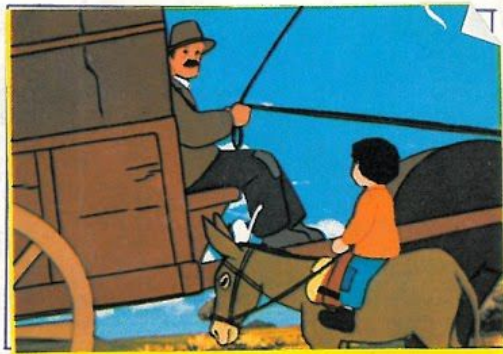
53 El capataz de la caravana regaló una burra a Marco.



54 «Adiós a todos y... ¡muchas gracias!».



55 «Amedio, pronto vamos a abrazar a mamá, ¿te imaginas?...»



56 «Oiga buen hombre, ¿falta mucho para llegar a Tucumán?...»



57 «Amedio, este lugar es maravilloso...»



58 «Nos sentiremos aquí y comeremos...»

Al fin, las voces de los hombres de la caravana fueron perdiéndose en la lejanía y Marco se encontró completamente solo con Amedio. Una cosa le animaba a seguir optimista y adelante: la esperanza de que en Tucumán estuviese su madre:

—«Amedio, pronto vamos a abrazar a mamá en Tucumán. ¿Te imaginas?... ¡menuda sorpresa le vamos a dar cuando nos vea aparecer a tí, a mí y a nuestra burra!... ¡Eh!, ¡Amedio!, ¡un pajarito está cantando!... ¿lo oyes?... Hacía mucho tiempo que no oía cantar a un pajarito... Este lugar es maravilloso, ¿no crees?...»

El primer día de su viaje en burra a Tucumán, Marco anduvo hasta que le faltaron las fuerzas. Se detuvo varias veces para revolcarse en la hierba. Se comió los bocadillos que los hombres de la caravana le habían metido dentro del hatillo y, a todo el que se cruzaba en su camino, le hacía la misma pregunta...

—«Oiga, buen hombre, ¿falta mucho para llegar a Tucumán?...»

Por la noche, Marco vió luz en una casa y se asomó a la puerta:

—«Buenas noches, ¿vive alguien aquí?...», preguntó.

Como nadie contestaba, Marco pasó dentro y se quedó dormido en el suelo, arropado con una manta. A la mañana siguiente una voz de mujer le despertó:

—«¡Oh!... ¡Buenos días!»

—«Buenos días, señora. Lo siento, anoche estaba tan cansado que me quedé dormido...», dijo Marco disculpándose.

—«No te preocupes, estamos acostumbrados a recibir visitas. Pasa mucha gente por aquí y estamos tan solos... Pero dime, pequeño ¿dónde vas?, ¿tienes mucha prisa?...»

—«Voy a Tucumán a buscar a mi madre... he venido desde Italia».

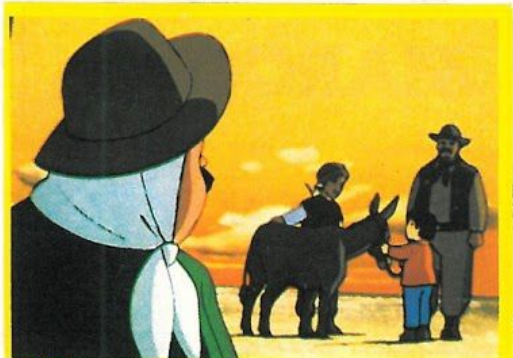
—«¿Desde Italia?... Eso debe estar muy lejos... ¿Por qué no te quedas hoy con nosotros?...», le dijo la buena mujer.

Marco se sintió tan a gusto con aquella familia que se quedó todo el día con ellos. Estuvieron comiendo juntos y después de charlar un buen rato, Marco, su burra y Amedio se marcharon.

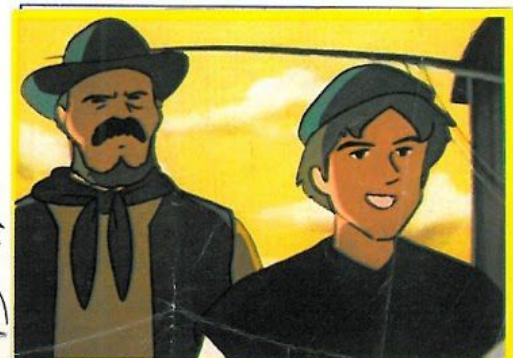
—«¡Adiós, Marco!... si tienes oportunidad vuelve a visitarnos...»



59 «Un pajarito está cantando, ¿lo oyes, Amedio?...»



60 «Por qué no te quedas hoy con nosotros?...»



61 «Marco, si tienes oportunidad vuelve a visitarnos...»



El segundo día Marco caminó mucho más despacio, «Vieja» estaba agotada y él se sentía con menos ánimos.

Por la mañana sólo se detuvieron un momento para comer. Y, al atardecer, no tuvieron más remedio que pararse a descansar bajo un árbol. Marco encendió una hoguera y, acurrucado, tapándose con una manta, trató de conciliar el sueño. Sin embargo, cualquier ruido le sobresaltaba y viendo que le era imposible dormirse, decidió emprender de nuevo la marcha. Aunque, esta vez, no pudo hacerlo encima de la burra ya que se encontraba muy enferma y temía dañarla.

Entrada la noche, Marco vió una casa en la lejanía y ésto pareció darle ánimos:

—«¡Vamos!... ¡Otro esfuerzo y la alcanzaremos!...»

Seguido de la burra, Marco llegó a la casa y, allí, su temor se acentuó aún más al ver que «Vieja» no daba señales de vida:

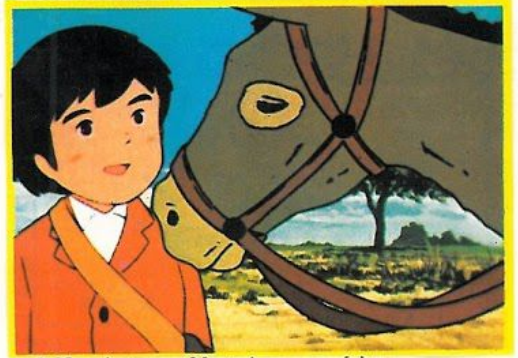
—«Vieja», por favor, levántate!... ¿Qué te ocurre?... ¿tienes hambre?... ¡agua!... ¡agua!... ¡hay que darle agua!...»

Marco apoyó la oreja sobre el pecho de «Vieja» y escuchó atentamente para comprobar si su corazón latía todavía...

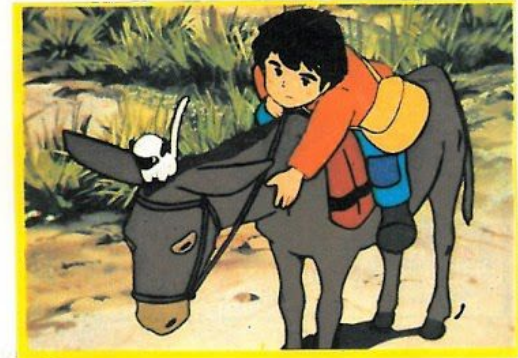
—«¡Oh!, perdóname, «Vieja»... te he forzado demasiado... por favor, «Vieja» no te mueras... por favor, no me dejes sólo, «Vieja»... no te mueras...»

Irremediamente «Vieja» murió y Marco, con la ayuda de Gabriel, el dueño de la casa, la enterró en el jardín sollozando. Luego, prosiguió su camino a Tucumán a pie, triste y en solitario...

Ahora que tan cerca estaba Marco de Anna, la desgracia volvía a cebarse en él... Parecía que el destino estaba dispuesto a poner toda clase de obstáculos para impedir que Marco pudiera abrazar a su madre.



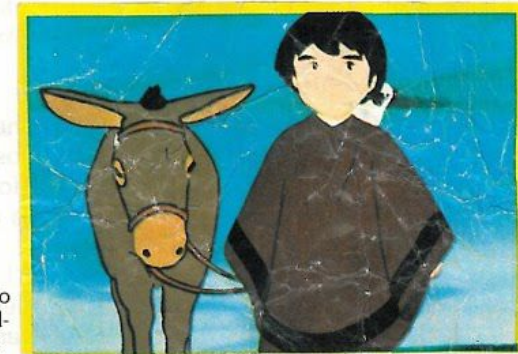
62 «¡Animo, «Vieja»!, ya nos falta poco para llegar a Tucumán».



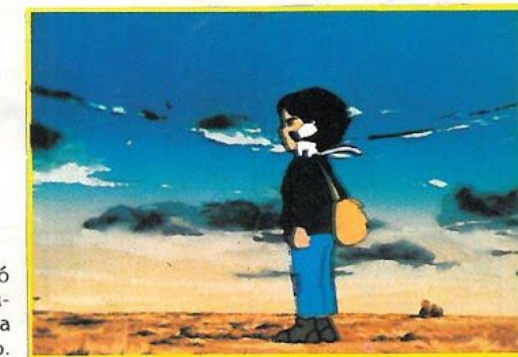
63 «¿Qué te pasa, «Vieja»?... ¿Qué te ocurre?...»



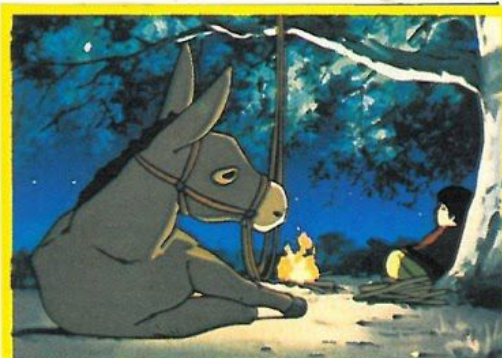
64 El segundo día Marco caminó mucho más despacio.



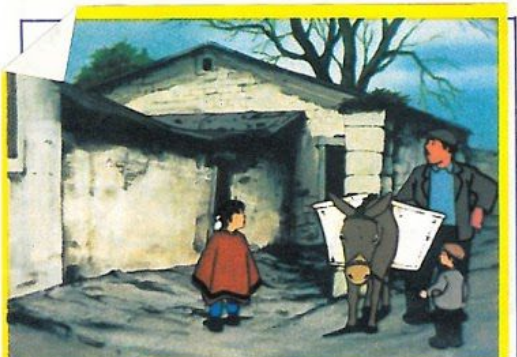
66 «¡Vamos!... ¡Otro esfuerzo y la alcanzaremos!...»



68 Marco prosiguió su camino a Tucumán triste, a pie y en solitario.



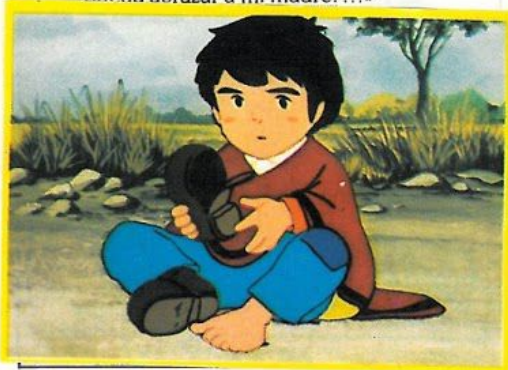
65 Marco tratando de recuperarse se acurrucó bajo un árbol.



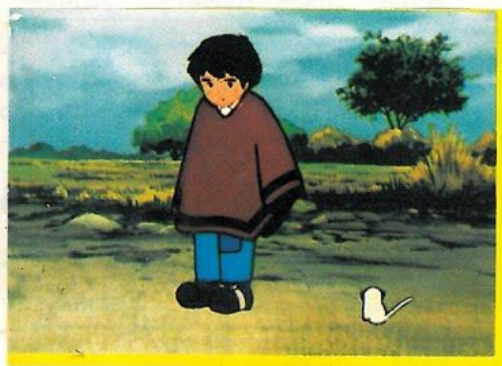
67 «Por favor, mi burra está muy enferma. ¿Puede usted ayudarnos?...»



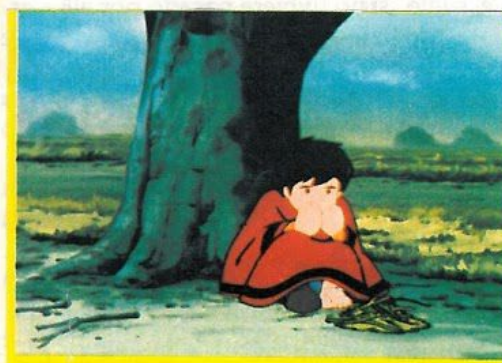
69 «¿Será posible que dentro de dos horas pueda abrazar a mi madre?...»



70 «¡Qué mala pata, Amedio!...»



71 «Me duele mucho... no sé si voy a poder andar...»



72 «Tengo frío. Si pudiera dormir un rato...»



74 «¡Corre!... ¡Mamá está en Tucumán, la he visto en mis sueños!...»

Eran pocos los kilómetros que le quedaban a Marco para llegar a Tucumán cuando se cruzó un viajero en su camino...

—«¿Cuánto cree que puedo tardar en llegar a Tucumán?...», le preguntó.

—«Si andas deprisa un par de horas... Tu tienes buenas piernas y no te llevara más tiempo el recorrido»...

La cara de Marco se iluminó de alegría y exclamó:

—«¡Dos horas!... ¿Será posible que dentro de dos horas pueda abrazar a mi madre?...»

Con paso muy ligero Marco se alejó. Ante él se extendía un largo y polvoriento camino, solitario y agotador, pero ya nada podía desanimarle porque sentía una auténtica esperanza golpearle cada vez más fuerte el corazón.

—«¡Madre mía!... ¡qué cerca estoy de tí!...», iba diciendo.

Y seguía andando y andando sin detenerse... Hasta que, de repente, a causa de una piedra enorme que había en el camino, Marco tropezó y cayó al suelo haciéndose una grave herida.

—«¡Qué mala pata, Amedio!... Me duele mucho... no sé si voy a poder...»

Marco se quitó su viejo zapato, ya destrozado de tanto andar, lavó la herida y ató fuertemente un trozo de toalla en su pie para poder continuar.

Al cabo de algunas horas, agotado por el dolor y el cansancio, se sentó bajo un árbol, encendió un fuego para calentarse y, al instante, se quedó profundamente dormido soñando con su madre.

Al despertar, como haciendo caso de una feliz corazonada, emprendió de nuevo el camino pero, esta vez, mucho más ligero, casi volando...

—«¡Vamos, Amedio!... ¡corre!... ¡Mamá está en Tucumán, la he visto en mis sueños!...»

Marco corría tan aprisa y su herida estaba tan ensangrentada que sufrió un desmayo, quedándose tumbado en la nieve sólo, con la única compañía de Amedio que, asustado, no se atrevía a moverse de su lado.

¿Qué será ahora de Marco?, ¿conseguirá al fin ver a su madre?, ¿cuántos días le faltan para que pueda comprobar si esta vez la suerte está de su lado?...



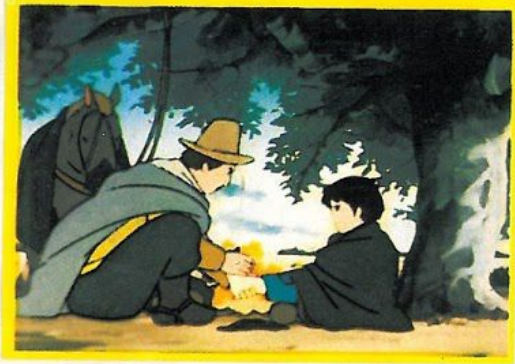
73 Marco se quedó profundamente dormido, soñando con su madre.



75 Marco corría tan aprisa y su herida estaba tan ensangrentada que sufrió un desmayo.



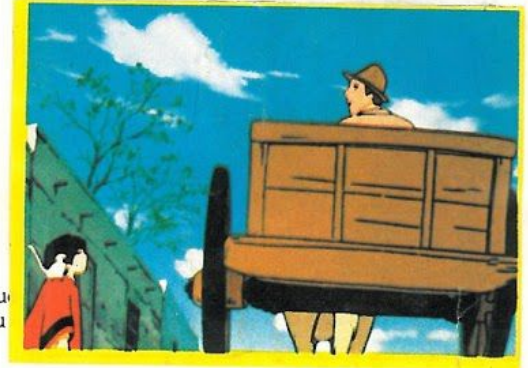
76 «¡Vaya!... ¡Por fin te has despertado!...»



77 «Déjame que vea esa herida!...»



78 «¡Toma, bébete esto, te sentará bien.»



79 «¿Eres tú el que va a Tucumán?...»



80 «¿Y no has visto a tu madre desde hace tanto tiempo?...»



81 «Hummm... ¡Qué buena está!... ¡es dulce!...»



82 Marco y Angel hicieron el viaje juntos a Tucumán en un carro.

Gracias a Elnando, Marco pudo escapar de morir en la carretera congelado. Elnando, un hombre fuerte de unos 40 años, se dirigía con su caballo a Santiago cuando encontró a Marco tirado en el suelo, desmayado. Lo cogió en sus brazos con cuidado y lo arropó con una manta. Después encendió el fuego y preparó un poquito de café, esperando que despertara. Al cabo de unas horas Marco despertó y, asustado, comenzó a llamar a Amedio:

—«¡Amedio!, ¡Amedio!... ¿Dónde estás, Amedio?...» Elnando que se había acercado al arroyo a buscar un poco de agua, al oír los gritos de Marco, corrió a su lado:

—«¡Vaya!... ¡Por fin te has despertado!... ahora podrás contarme qué hacías tú solo por aquí... ¿eh?», le dijo acariciándolo.

—«Señor, ¿usted me trajo?...», interrumpió Marco.

—«Si. Te encontré tumbado en el suelo, si no hubiera pasado por allí a estas horas estarías muerto pero... ¡déjame que vea esa herida... parece que está un poco infectada...»

Elnando cogió un cuchillo, lo puso en el fuego y abrió la herida infectada del pie de Marco. La lavó con vino y le puso una venda que había hecho con un trozo de la camisa de Marco.

—«¡Ya está!, con esto podrás andar normalmente y llegarás a Tucumán antes de pasado mañana... ¡lástima que yo no vaya en tu misma dirección sino te llevaría en mi caballo...»

Elnando continuó su camino a Santiago y, Marco, en pocas horas, llegó a un pequeño pueblecito en cuya entrada estaba sentado un anciano:

—«Por favor, ¿voy bien para Tucumán?...», le preguntó repetidamente Marco.

El anciano no contestó y, Marco, creyendo que estaba sordo como una tapia, continuó andando.

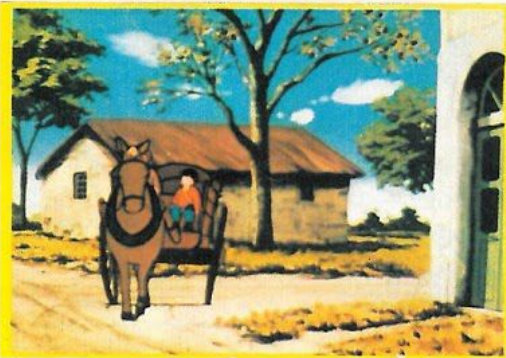
Al poco rato, una carreta conducida por un joven, se paró a su lado:

—«¡Eh!, ¡chico!... ¿eres tú el que va a Tucumán?...», le preguntó.

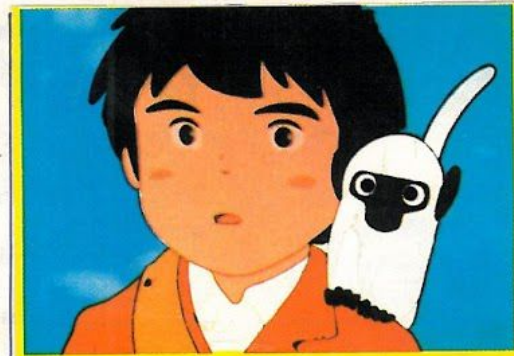
—«Si, soy yo», contestó Marco.

—«Mi abuelo me pidió que te llevara en mi carro, yo también voy a Tucumán...»

Marco y Angel hicieron juntos el viaje a Tucumán en el carro. Por el camino Marco contó a Angel su vida y éste le escuchó emocionado. Rieron, cantaron e, incluso, pararon en los campos de caña de azúcar que a su paso fueron encontrando.



83 Al llegar a Tucumán, Marco se despidió de Angel.



84 «¿Conoce usted al ingeniero Mequinez?...»



85 Marco echó a andar por el camino indicado.



86 «¿Eres tú el hijo de Anna Rosi?...»

Al llegar a Tucumán Marco y Angel se despidieron:

—«Marco ya hemos llegado. Esto es Tucumán. Yo me quedaré aquí para entregar los sacos... Adiós... y cuando encuentres a tu madre dale recuerdos de mi parte...»

—«¡Adiós, Angel!... dale recuerdos, también, a tu abuelo...»

Marco sintió una profunda emoción al pensar que se encontraba en la misma ciudad que su madre. El recuerdo de sus anteriores fracasos le estremecieron por un momento pero, antes de que el desánimo pudiera dominarle, se acercó a un hombre de cara muy alegre que estaba parado en la puerta de una fábrica y le preguntó:

—«Disculpe, señor... ¿conoce usted al ingeniero Mequinez?...»

—«Sí, trabaja en esta misma fábrica...»

Las palabras de aquel hombre sonaron en los oídos de Marco como un canto de victoria...

—«Por favor, dígame enseguida donde vive...», suplicó Marco.

—«La casa del Sr. Mequinez está en la granja Sarradiyo. ¿Ves aquella colina?... Pues bien, podrás hallar la granja si sigues el camino que va bordeando el río...»

Y acto seguido, sin casi poder darle las gracias, Marco echó a andar por el camino indicado.

Corrió y corrió sin detenerse hasta la casa de los Mequinez pero, una vez allí, D. Ramón Mequinez y Cristina, su mujer, le comunicaron una triste noticia: Anna se encontraba gravemente enferma. Tan grave y tan enferma que el médico no se atrevía a operar y, para salvarla, necesitaba una urgente operación.

Marco creyó morir de dolor, abrazó fuertemente a su madre y rompió a llorar...

—«¡Mamá, querida mamá!...»

—«¿Eres tú, hijo mío?... ¿Cómo has llegado hasta aquí?... ¡Dios mío!... ¡esto es un sueño!...»

Con la ayuda de Marco, Anna fue recobrando las fuerzas de un modo casi milagroso. La presencia de su hijo parecía darle nueva vida y el médico, por fin, se atrevió a operar. La llevó a un hospital y Marco permaneció junto a ella hasta que la operación hubo terminado.

—«Tu madre ya está fuera de peligro, Marco», le dijo el doctor.

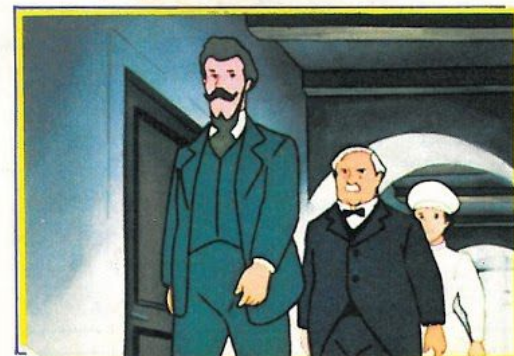
—«¡Gracias, doctor!... ¡Gracias por haberla salvado!», contestó Marco.

El médico apoyó una mano sobre la cabeza de Marco y continuó:

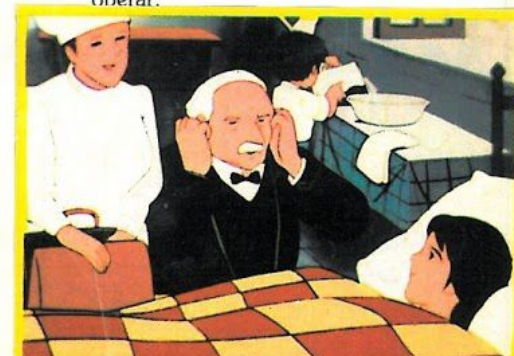
—«Te equivocas, muchacho, ha sido tu presencia la que, sin duda, la ha salvado. Llegaste aquí en el momento justo. Tus sacrificios han valido la pena porque, gracias a ellos, has conseguido que tu madre siga viviendo.»



87 «¡Hijo mío, ¿Cómo has llegado hasta aquí?...»



88 Anna fue recobrando las fuerzas de un modo milagroso y el médico se atrevió a operar.



89 «Tu madre está ya fuera de peligro, Marco».

Marco permaneció en casa de la familia Mequinez hasta que Anna estuvo totalmente recuperada...

—«Marco, gracias a tu presencia me he recuperado... podía haber muerto... ¡soy tan feliz!...»

—«Mamá no te pongas triste... Mira, te he traído un ramo de flores... es tu color favorito...»

Un mes más tarde, Anna, Marco y Amedio partieron rumbo a Italia, su patria.

Los señores Mequinez fueron a despedirlos a la estación y Anna abrazando con cariño a la señora, le dijo:

—«Nunca olvidaré cuánto han hecho por nosotros... tanto usted como su esposo»

—«Y nosotros nunca podremos olvidarla a usted ni a su hijo, Anna, ¡que tenga buen viaje y que Dios la bendiga!...», contestó Cristina.

Cuando el tren se alejó de la estación, Anna apretó contra su pecho a su amado hijo:

—«Qué distinto va a ser este viaje del que tanto tú como yo hicimos solos desde Génova a Buenos Aires!... ¿Verdad, hijo?...»

Por todas partes por donde pasaron, Anna y Marco fueron visitando a los amigos que en el viaje de ida Marco había dejado. Al llegar a Córdoba saludaron desde el tren a Pablo y a Juana. Vieron a Federico, a Mario y a Fosco en la ciudad de Rosario. Y también, estuvieron unos días con el Prof. Peppino, Concetta, Fiorina y Giulietta en Buenos Aires...

—«¡Qué estupendo, Marco, por fin encontraste a tu mamá!... Estoy muy contenta... de verdad...»

—«Gracias Fiorina, gracias a todos vosotros pude encontrarla... Os escribiré cuando llegue a Italia... Estoy seguro de que volveremos a vernos...»

Anna regresó a su patria con el corazón lleno de alegría. Llevaba consigo dinero suficiente como para pagar todas las deudas de la familia y, por encima de todo, llevaba el orgullo de sentirse madre de Marco.

La entrada de Anna y Marco en Génova fue apoteósica. En el puerto les esperaban Pietro, a quién le iban ya muy bien los negocios, Tonio, que se había convertido en un excelente ingeniero de ferrocarril. Y, también, un montón de amigos que habían seguido con ilusión las aventuras de Marco...

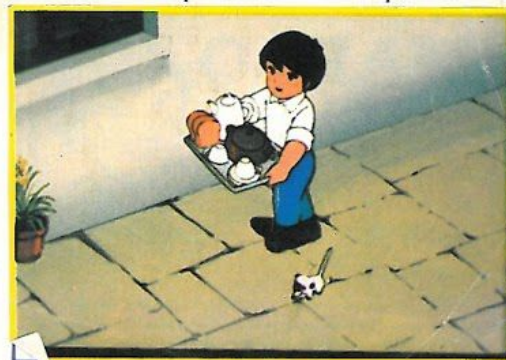
—«¡Anna!... ¡Marco!...»

—«¡Pietro!... ¡Tonio!...»

—«¡Felicidades Tonio!... Ya sé que eres un buen ingeniero... yo pronto me haré un buen médico!...»



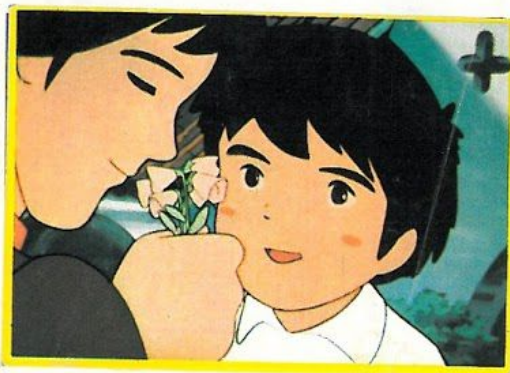
90 Marco permaneció en casa de los Mequinez hasta que Anna estuvo recuperada.



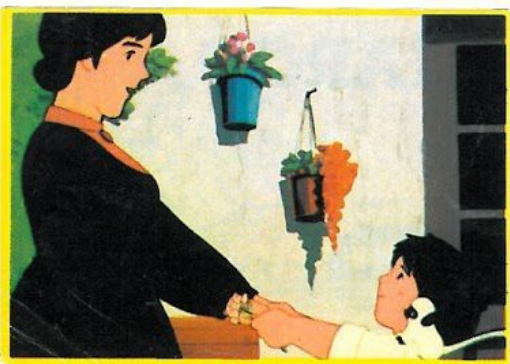
91 «Ya verás, Amedio, con este sabroso desayuno mamá se recuperará pronto...»



92 «Marco, hijo mío, ven aquí... tu me has salvado...»



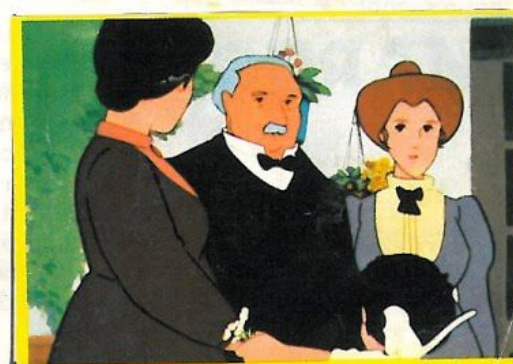
93 «Toma, mamá, te he traído un ramo de flores... es tu color preferido...»



95 «Mamá, podemos volver a Génova... ¡qué alegría!»



94 «¡Papá dice que Tonio ya es ingeniero!...»



96 «Nunca olvidaremos cuanto han hecho por nosotros, tanto usted como su esposo».

MARCO

DE LOS APENINOS A LOS ANDES (2ª parte)

Este album de cromos pertenece

a

Domicilio.....

Localidad.....

Provincia



Edita: **DANONE** - Barcelona

Creación: **CARTOON STUDIOS** - Barcelona

Promoción: **TRANSPLASTIC** - Madrid

© **BETA FILM** - **B.R.B. MERCHANDISING** - MADRID

DANONE

**COLECCION DE
96 CROMOS
GRATIS CON TODOS
LOS PRODUCTOS**

En esta 2ª parte...



¡muchas aventuras...



y un bello final!

10 pts

